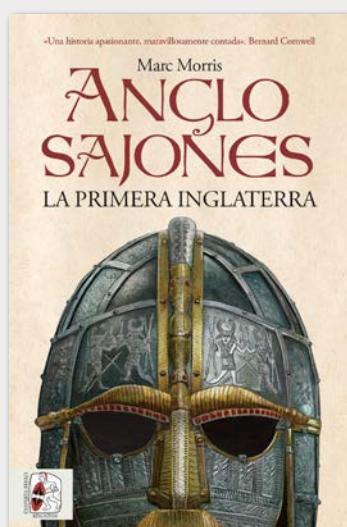


DESPERTA FERRO EDICIONES

Anglosajones, dadores de anillos, matadores de dragones

Un pueblo, una lengua, una identidad, una nación bajo un mismo Dios. Perseguir el origen de Inglaterra supone remontarnos a las brumas de la historia, a los turbulentos años del final de la Britania romana y a la llegada de unas gentes que supieron encontrar su oportunidad donde otros solo veían miseria, que forjaron reinos a golpe de espada, que se sobrepusieron a la ordalía de las invasiones vikingas y que establecieron los cimientos del poder político y religioso de la Inglaterra de siglos posteriores.



Anglosajones.

La primera Inglaterra

978-84-128158-3-2

432 páginas + 16 en color

15,5 x 23,5 cm

Rústica con solapas

P.V.P. 27,95 €

A comienzos del siglo quinto de nuestra era, un acosado y exhausto Imperio romano abandonó Britania a su suerte, y la isla se precipitó en el caos y la ruina, asaltada por invasores venidos del otro lado del mar que se establecieron como nuevos amos. Bandas guerreras y emigrantes de raigambre germánica que acabarían fundiéndose, con el devenir del tiempo, en los anglosajones. Este libro narra la turbulenta historia de este pueblo a lo largo de los seis siglos siguientes, desde su arribada a las playas británicas a su ocaso tras la batalla de Hastings, desde las incesantes pugnas de reyes «dadores de anillos» que competían por la gloria hasta la embestida de los vikingos, que casi los aniquiló. Explora cómo anglos y sajones abandonaron a sus viejos dioses por Cristo, cómo pasaron de cantar a los «matadores de dragones» en el Beowulf a fundar cientos de iglesias, y traza el renacimiento de las ciudades y el comercio, y los orígenes del familiar paisaje inglés de condados y burgos. Una historia que Marc Morris, reputado medievalista, recorre de manera original, a partir de las vidas y trayectorias tanto de figuras conocidas –monarcas como Offa, Alfredo el Grande o Eduardo el Confesor–, como de personajes más oscuros, pero no menos importantes –reinas ambiciosas, santos revolucionarios, monjes intolerantes o nobles codiciosos–. De esta manera, *Anglosajones* proporciona un rico y plural relato de una época todavía envuelta en brumas, que consigue separar la historia de la leyenda, para contar cómo surgió una nueva sociedad, una nueva cultura y un pueblo. Para contar, en definitiva, el nacimiento de la primera Inglaterra, «la tierra de los anglos».

«Una historia apasionante, maravillosamente contada»

Bernard Cornwell



Marc Morris es un historiador especializado en la Edad Media formado en las universidades de Londres y Oxford donde imparte clases. Además, es miembro de la Royal Historical Society. Ha publicado con gran éxito los libros *The Norman Conquest*, *King John* y *A Great and Terrible King*. Ha presentado, también, la serie de televisión *Castle* y ha escrito un libro sobre la misma. Colabora con regularidad en otros programas de radio y televisión que tratan temas históricos y escribe para numerosas revistas y periódicos.

En librerías el miércoles 4 de septiembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

Un recorrido por medio milenio de historia
enmarcado entre el fin de la Britania romana y la conquista Normanda
y jalonado por las invasiones vikingas.

Un mundo convulso de reyes y reinas, de guerras intestinas e invasiones,
de monjes escribas y de clérigos reformadores
que forjará los cimientos de “lo inglés”:
un idioma, una identidad, un reino, una religión.

Beda el Venerable, Alfredo el Grande, Ethelfleda de Mercia,
san Dustán, arzobispo de Canterbury, Canuto de Dinamarca,
Haroldo Godwinson o Guillermo el Conquistador
son algunos de los nombres que transitan por las páginas de este libro,
junto con muchos otros hombres y mujeres menos conocidos para el gran público.

Un *best seller* en Reino Unido
a cargo de un reputado historiador
y popular comunicador.

Glastonbury Tor. © Esteban Govan.
Reservados todos los derechos. Usado con permiso.

DOSIER DE PRENSA





SUMARIO

Anglosajones explicado por Marc Morris

Mientras escribía este libro, solicité a varias personas que me dijeran lo primero que les viniera a la mente cuando pensaban en los anglosajones. Por supuesto, hubo una gran variedad de respuestas, aunque dos en especial surgieron de un modo recurrente. La primera fue el tesoro de Sutton Hoo, descubierto en 1939 y hoy conservado en el Museo Británico. La segunda fue la muerte del rey Haroldo en la batalla de Hastings, librada en el año 1066. Ninguna de las dos resulta sorprendente: el tesoro de Sutton Hoo, depositado a principios del siglo VII en una embarcación junto a su propietario, y después cubierto por un gran túmulo, sigue siendo la colección de artefactos anglosajones más impresionante jamás descubierta. Incluso alguien que no esté familiarizado con su nombre es casi seguro que reconocerá los objetos más célebres. El yelmo, con su máscara facial tan característica, ha aparecido en la portada de innumerables libros y revistas. Por su parte, la muerte del rey Haroldo en Hastings es bien conocida, ya que tuvo como consecuencia directa la conquista normanda y está representada en el Tapiz de Bayeux, otra de las obras artísticas más célebres que se han conservado.

Pero ¿qué tienen en común estos dos grandes referentes «anglosajones»? Un hiato de casi medio milenio los separa, durante el cual se produjeron una enorme cantidad de cambios. Haroldo gobernaba sobre un solo reino, que las gentes de la época llamaban Inglaterra, con unos límites muy similares a los actuales. Un reino próspero y pacífico, con una economía en expansión, un buen número de acuñaciones de plata, y

docenas de pueblos, ciudades y puertos. Era, asimismo, un país cristiano que contaba con dieciséis catedrales, unos sesenta monasterios y miles de parroquias.

UN RECORRIDO POR MEDIO MILENIO DE HISTORIA

En el momento en que se produjo el enterramiento de Sutton Hoo, el panorama era muy distinto. El territorio que, siglos después, se convertiría en Inglaterra constituía una amalgama de minúsculos reinos, en competencia entre sí por una hegemonía temporal. Ninguno contaba con alguna localidad de más de doscientos habitantes, acuñaciones en plata, o intercambios comerciales de entidad. Tampoco existía un cristianismo organizado, que había llegado tan solo una generación antes y que, hasta ese momento, apenas había progresado: casi todos los habitantes del reino todavía eran paganos y adoraban a dioses como Thunor, Frig y Wotan. El rey Haroldo, que solo conocía un mundo de obispos, burgos, condados y *sheriffs*, probablemente se habría sentido mucho más cómodo entre los ingleses de finales de la Edad Media que entre aquellos que sepultaron a su señor en un barco más de cuatro siglos antes. En las centurias transcurridas entre ambos momentos se habían producido unos procesos de transformación esenciales.

Cualquier generalización acerca de «los anglosajones» resulta por tanto difícil y, a menos que se base en las cuestiones más elementales, también redundante. Hablar sobre «el arte de la guerra anglosajón» resultaría tan inapropiado como generalizar sobre las tácticas militares empleadas entre los siglos XIV y XIX.



HOMBRES, MUJERES, ANGLÓS, SAJONES E INTERPRETACIONES IDEALIZADAS

En la mayoría de los capítulos, me he centrado, asimismo, en un personaje histórico en particular. Cuatro están dedicados a reyes concretos, dos a obispos y otro a una familia en concreto (los Godwinsson). De nuevo, esto principalmente obedece a la claridad narrativa y a que la biografía supone un buen modo de enmarcar los hechos en términos humanos bien identificables. Al mismo tiempo, deseaba que esta obra fuera algo más que una sucesión de retratos inconexos, por lo que hay mucho material no biográfico incluido en cada capítulo, que explora los temas más amplios del libro y vincula un capítulo con el siguiente. El resultado no pretende ser una serie de historias encapsuladas, sino una narración continua de la etnogénesis de los ingleses y el desarrollo de Inglaterra.

Por desgracia, ninguno de los capítulos está dedicado a una mujer, pues, simplemente, no existen bastantes evidencias como para justificar un tratamiento tan extenso. Con algunos reyes y obispos tenemos la suerte de disponer de relatos contemporáneos de sus vidas, pero en el caso de reinas o abadesas no ha sobrevivido ninguna fuente original. El venerable Beda hace unas breves menciones sobre algunas religiosas en su monumental *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* (Historia eclesiástica del pueblo de los anglos), redactada a principios del siglo VIII. Aparte de esto, no existen fuentes textuales sobre personajes femeninos hasta mediados del siglo XI, cuando dos reinas, Emma y Edith, encargaron unas obras de naturaleza política que abordan algunos aspectos de sus gobiernos. Pero incluso estas fuentes tardías, por valiosas que sean, no aportan materiales suficientes como para justificar un capítulo completo. Lo más frustrante es que existen periodos en los que es posible deducir que algunas mujeres desempeñaron un papel político clave: en varios momentos del siglo X, algunos jóvenes reyes surgen y desaparecen en rápida sucesión, mientras que sus madres permanecen en la corte, de un reinado al siguiente, y aparecen como los principales testigos en los documentos reales. No obstante, por muy poderosas que fueran estas mujeres, su actividad no quedó registrada, y sus personalidades y carreras políticas resultan imposibles de reconstruir.

Esta laguna en las fuentes puede resultar chocante, dado que, a menudo, se considera que el periodo anglosajón supuso una época dorada para las mujeres. Desde finales del siglo XVIII, se ha asumido que las mujeres en Inglaterra poseían más derechos antes de la conquista normanda de los que contaron después y que disfrutaban de una mayor consideración social. En palabras de un reputado historiador de mediados del siglo XX, antes de 1066, hombres y mujeres disfrutaban de «una vida conyugal ruda y sencilla». Sin embargo, como sue-

Por consiguiente, en el presente libro, en gran medida he evitado los debates de amplios vuelos y, en su lugar, he intentado esbozar los principales cambios sociales y políticos a medida que se produjeron. Cada capítulo pretende ahondar en la principal cuestión de cada momento histórico específico. El tercero, por ejemplo, se centra en la segunda mitad del siglo VII, que fue testigo de la expansión del cristianismo y de la fundación de monasterios y obispados. Por supuesto, otras cuestiones esenciales ocurrieron en Britania durante ese periodo, que también se abordan, pero como problemas secundarios. Este enfoque ha supuesto que una parte sustancial del material escrito haya terminado, inevitablemente, en la papelera. No obstante, resulta imposible escribir sobre un periodo que abarca más de siete siglos, desde la Britania romana hasta la conquista normanda, sin ser selectivo. Al limitarme a un solo tema principal por capítulo, he intentado construir una historia más diáfana.

le ocurrir con todas las edades de oro, esta imagen se fundamenta en una lectura selectiva de unas evidencias muy limitadas y cuestionables. Uno de los principales pilares es un relato sobre las mujeres germanas elaborado por el historiador romano Tácito a finales del siglo I d. C. Tales féminas, asegura el historiador, eran virtuosas, frugales y castas, y apoyaban a sus hijos y maridos, animándolos a realizar grandes hazañas. Pero solo se trata de un autor romano que elogia la sociedad de los «bárbaros» para criticar la suya propia. Se retrata a las mujeres germanas en términos elogiosos porque, a diferencia de las romanas, no caían en el adulterio ni perdían el tiempo en las termas y los teatros. Por desgracia, parece ser que la realidad del estatus de la mujer en la Germania del primer siglo de nuestra era y en la Inglaterra anglosajona no fue mucho mejor que en siglos posteriores.

Algo similar ocurre con los hombres anglosajones. La idea de que el periodo previo a la conquista normanda constituyó una edad de oro para la gente común cuenta con una tradición mucho más longeva. Cuando Inglaterra rompió con Roma en el siglo XVI, los intelectuales ingleses quisieron demostrar que la Iglesia anglosajona siempre había sido una institución prístina de origen autóctono, ajena a la influencia papal. Durante la guerra civil del siglo XVII, los parlamentarios adujeron que las libertades y los poderes representativos por los que luchaban habían sido ostentados por sus antepasados anglosajones y se habían perdido en 1066. En su mayor parte, se trataba de un mito, aunque perdurable y omnipresente. A fines del siglo XIX, esta tendencia adquirió un tono siniestro cuando se comenzó a ensalzar la supuesta superioridad racial de los anglosajones, lo que ha conducido a que hoy algunos autores creen que deberíamos abandonar el uso del término «anglosajón».

Huelga decir que, dado el título del presente libro, no estoy de acuerdo con semejante propuesta. Es cierto que el término «anglosajón» nunca fue muy usado por los individuos a los que nos refiere dicho nombre, pues tendían a considerarse a sí mismos como «anglos» o «sajones». Pero fue empleado a finales del siglo IX por Alfredo el Grande, quien solía autodenominarse «rey de los anglosajones», y también por algunos de sus sucesores del siglo X. La idoneidad del término «anglosajón», como un modo conveniente de referirse a los diversos pueblos de habla inglesa que habitaron en las tierras bajas de Britania entre el abandono romano y la llegada de los normandos, responde a una larga tradición establecida que se remonta al menos quinientos años.

Lo importante es que tratemos de ver a estas personas tal como eran, y que intentemos desterrar las concepciones erróneas sobre ellos que se desarrollaron en los siglos posteriores. Esto no resulta fácil, ya

que poseen un gran bagaje a sus espaldas. La entusiasta revitalización del uso de la onomástica personal anglosajona durante el siglo XIX hace difícil no pensar en los diversos Alfredos, Ediths y Haroldos, presentes en este relato, como si fueran honorables victorianos. La realidad, por supuesto, es que los anglosajones eran personas muy distintas tanto a nosotros como a nuestros antepasados más inmediatos. Al examinar sus vidas, hallaremos infinidad de características que se nos pueden antojar admirables: su coraje, su piedad, su ingenio, su arte y su amor declarado por la libertad; pero también encontraremos infinidad de aspectos desconcertantes: su brutalidad, su intolerancia, su misoginia y su dependencia de la mano de obra esclava. Su sociedad produjo obras de arte que siguen deslumbrando e instituciones que aún nos acompañan, pero era muy desigual, patriarcal, intolerante y teocrática. A pesar de existir algunas similitudes, tales diferencias son lo que, a nuestros ojos, los vuelve fascinantes. Por ello, debemos comprenderlos, no idealizarlos.

CUANTAS MENOS FUENTES, MÁS CONTROVERSIA

En última instancia, nuestra concepción sobre los anglosajones ha de basarse en las fuentes históricas, aunque resultan extremadamente escasas durante la mayor parte del periodo. En la práctica, carecemos de registros textuales de ningún tipo para los primeros dos siglos transcurridos tras el fin del dominio romano sobre Britania, por lo que dependemos, casi por entero, de la arqueología. Esta situación mejora a medida que avanza el tiempo, pues han sobrevivido más fuentes textuales, pero todavía existen grandes lagunas en nuestro conocimiento. En ocasiones, los hechos importantes únicamente son conocidos gracias a una mención en un único documento o una sola moneda exhumada. A menudo, solo podemos establecer hipótesis, ya que no contamos con ninguna evidencia directa.

Y cuantas menos evidencias, más controversia. El hecho de que tantos aspectos resulten cuestionables significa que los debates académicos son innumerables. Entrar en ellos supone navegar por un amplio y caudaloso río en el que confluyen infinidad de corrientes historiográficas; e intentar resumirlas resulta igual de insensato que tratar de congelar una cascada. Un estudio definitivo acerca de este periodo resulta, por tanto, una tarea imposible. Lo que el lector hallará a continuación es una interpretación de las evidencias que se antoja plausible y las conclusiones más convincentes que he alcanzado. He tratado de exponer tales razonamientos siempre que me ha sido posible sin alterar la narración, pues resulta una historia extraordinaria. Al igual que un antiguo recitador de historias convocado por el rey para relatar los sucesos de épocas pretéritas, espero entretener a mi público.



ENTREVISTA AL AUTOR

Transcripción de la conversación mantenida entre Iain Martin y Marc Morris para el canal de Youtube de Reaction. Ver entrevista íntegra (en inglés) [aquí](#).

Hoy hablo con el historiador Marc Morris sobre Anglosajones. La primera Inglaterra. Marc, bienvenido a Reaction. La primera pregunta es ¿por qué esta nueva historia? ¿qué le impulsó a escribir este fascinante libro?

Por mi formación, soy una persona “postconquista”, había hecho mi tesis doctoral sobre el siglo XIII y escrito libros sobre la conquista normanda y sobre dos monarcas de esa era, los reyes Juan y Eduardo I. Ante la duda de si proseguir la historia hacia adelante o hacia atrás, decidí que sería más divertido retroceder en el tiempo. Todos conocemos fragmentos de la historia anterior a la conquista y estamos familiarizados con las historias sobre el rey Alfredo y el rey Canuto, pero son un poco simplistas, sabía de la tremenda importancia de la muralla de Offa, pero no de cómo llegó a materializarse, por lo que me parecía el destino más natural hacia donde encaminar mis pasos.

Empecemos por el final, por esa extraordinaria batalla del 14 de octubre de 1066 que cambió el curso de la historia de Inglaterra. ¿Cómo se produce y por qué es tan significativa la batalla de Hastings?

Bueno, es el resultado de una disputa de sucesión entre dos hombres con aspiraciones al trono, Guillermo el Conquistador y Haroldo Godwinson. Hay otros contendientes, por supuesto, que se lanzan al ring, pero en última instancia se debe a que la línea de reyes ingleses que han estado en el trono durante un par de siglos desde que Inglaterra se ha convertido en Inglaterra había acabado en la persona de Eduardo el Confesor, que no había tenido hijos propios, por lo que durante la última década de su reinado hay un creciente pánico sobre qué va a pasar con la sucesión, que finalmente se resuelve en un choque de armas el 14 de octubre de 1066, que es donde termina mi libro.

Retrocedamos seiscientos años atrás, Gran Bretaña “deja el Imperio romano”. ¿Por qué ocurre esto y cuál es el impacto inmediato?

Es interesante que vaciles en la forma en que lo expresas, creo que ha sorprendido a muchos el que diga en el libro que Gran Bretaña se fue del Imperio en lugar de que los romanos se fueron de Gran Bretaña, porque esa es la historia convencional, ya sabes, las legiones se fueron y Britania fue abandonada a su suerte. Creo que es un poco de ambas cosas, pero una de las fuentes mejor informadas, y estoy usando la palabra «mejor» muy libremente, porque conocemos muy poco sobre este periodo tan temprano, dice que los británicos decidie-

ron ir por su cuenta, que estaban tan hartos del estado de las cosas en el Imperio romano que se fueron por su propia voluntad y eso supongo que te da la respuesta más amplia a la pregunta del porqué, porque las cosas estaban yendo mal en la Britania romana durante al menos dos o tres generaciones. Los romanos llevaban en Gran Bretaña desde el siglo I d.C. y en los siglos que siguieron la isla había adquirido todos los rasgos que naturalmente se asocian con el dominio romano: ciudades, calzadas, foros, teatros, esclavos, moneda, una sociedad económicamente sofisticada... Cuando el Imperio romano comienza a tambalearse en torno a los siglos IV y V, Britania, la provincia más septentrional, es la primera en sucumbir. Lo que ocurre en los siglos V y VI depende en gran medida de cómo se interpreten las evidencias arqueológicas. Aunque no soy arqueólogo, mi impresión tras haber leído muchos registros arqueológicos hace que me incline pensar que una vez que desaparecen las estructuras del Estado, una vez que los dirigentes ya no son capaces de acuñar moneda, una vez que ya no es posible disponer de hornos que puedan cocer tejas o cerámica con una calidad razonable, una vez que pierdes la capacidad de fabricar cosas esenciales como clavos, entonces la sociedad se desmorona y lo que termina imponiéndose en los siglos V y VI es básicamente caudillismo, un Estado fallido en el que el poder emana de la fuerza y cada uno debe arreglárselas por sí mismo. No me alegraría tener que vivir en la Gran Bretaña de esos siglos.

¿Cuánto sabemos realmente sobre este período sobre el que es realmente difícil escribir por la ausencia de fuentes?

No tenemos muchas fuentes escritas sobre la Britania romana pero sí contamos con abundancia de material arqueológico porque, como digo, fue una sociedad sofisticada. Puedes excavar en pueblos, ciudades o villas y con solo encontrar una o dos monedas, tienes el contexto cronológico por la efígie del emperador romano que aparezca en ellas, o por el tipo de cerámica, por no hablar de inscripciones o monumentos. Sin embargo, una vez que entras en los siglos V y VI, todo eso desaparece e incluso si encuentras materiales arqueológicos, son muy difíciles de datar. En términos de fuentes escritas, no tenemos prácticamente nada. Hay una extraordinaria, con la que están familiarizados todos los que saben un poco del período, obra de un monje de la parte occi-

«...un monje de la parte occidental de Britania, probablemente Gales, de finales del siglo V-principios del VI, san Gildas, quien califica lo que está sucediendo en su época como catastrófico y que es un momento miserable en el que vivir».

dental de Britania, probablemente Gales, de finales del siglo V-principios del VI, san Gildas, quien califica lo que está sucediendo en su época como catastrófico y que es un momento miserable en el que vivir. Los historiadores lo han tachado de sensacionalista y ciertamente su comprensión de la historia es bastante débil porque, como él mismo dice, no tenía libros sobre el pasado porque todas las fuentes escritas fueron destruidas en el turbulento período que precedió a su propia vida, pero sabiendo que tienes que leer a Gildas con prevención e interrogarlo como fuente, te deja bastante claro que el siglo V fue catastrófico. Aquí irrumpen los anglosajones

en nuestra historia, en el contexto de este Estado fallido del siglo V tenemos recién llegados que vienen de todo el norte de Europa y el sur de Escandinavia para establecerse en este nuevo mundo.

¿Lo que se estaba convirtiendo en un erial para unos, podría ser una tierra de oportunidades para otros?

Debió ser un momento terrible para alguien que tuviera un trabajo como el mío hoy día, un escriba o algo así, o un director de

teatro, o un alfarero, un comerciante... todo eso había desaparecido. Pero en este nuevo mundo le podía ir bastante bien a alguien llegado de Escandinavia acostumbrado a valerse por sí mismo, como un "survivalista" moderno que puede construir su propia casa, criar sus propios animales, sacrificar sus propios cerdos, tejer sus propios pantalones y, claro, pelear sus propias batallas. Esto es crucial, los sajones son reclutados en primer lugar por su habilidad con las armas, algo a lo que la sociedad civil de la Britania tardorromana era ajena. Así que, como digo, malas noticias si eres un viticultor a principios del siglo V, pero buenas si eres alguien que está acostumbrado a valerte por sí mismo y necesitas mucha gente alrededor para trabajar la tierra. Los barbudos con espadas estaban ahora al mando.

¿Cómo es que sabemos más sobre el período que sigue a continuación?

A finales del siglo VI los anglosajones comienzan a convertirse al cristianismo. En el año 597 tenemos la célebre llegada de san Agustín a Kent. Y con el cristianismo viene no solo la alfabetización, que es claramente crucial aquí, sino también una especie de reintroducción de *romanitas*, las formas romanas de hacer las cosas, códigos de leyes escritos, acuñación de moneda, etc. Por eso de repente tenemos mejores fuentes. También contribuye

el desarrollo de los reinos, de esta época aparecen enterramientos principescos como el de Sutton Hoo, espectacular exhibición del poder de ciertos individuos, y donde antes se levantaban edificios anodinos, empiezan a erigirse grandes salones de dimensiones muy sustanciales que te llevan a pensar en el Beowulf o en las películas de Tolkien de Peter Jackson. La principal fuente escrita con que contamos, de principios del siglo VIII, es la *Historia eclesiástica del pueblo inglés* de Beda el Venerable, que nos relata lo que ha sucedido desde san Agustín en adelante, desde Ethelberto de Kent hasta sus propios días, por lo que para el siglo VII estamos muy bien informados y fue un capítulo enormemente divertido de escribir después de la pobreza de fuentes con que me encontré para el primero.

¿Cómo se articula el mapa político en este momento?

Es una pluralidad de reinos. Estamos muy acostumbrados a pensar que son los siete de la heptarquía anglosajona –Mercia, Wessex, East Anglia, Northumbria, Kent, Sussex y así sucesivamente– pero parece ser que originalmente era mucho más complejo que eso y que había una galaxia de pequeños reinos en competencia. Que eran siete lo dijo por primera vez en el siglo XII un tipo llamado Henry de Huntington, que sin ninguna base sólida afirmó que estos pueblos vinieron y formaron siete reinos, simplemente miró sus fuentes anteriores y dijo uno dos tres cuatro cinco seis siete, había siete. Pero si lees a Beda, este nombra al menos doce reinos y si nos fijamos en las pocas fuentes administrativas que tenemos para el siglo VII, puedes ver que hay más aún, una miríada de pequeñas poblaciones que podrían haber sido reinos en embrión que no lograron sobrevivir en la feroz competencia frente a los más grandes, que ahora son más famosos.

¿Esto encaja con lo que está sucediendo en otras partes de Europa? Tras el catastrófico par de siglos posterior a la salida del Imperio romano, ¿en los siglos VII y VIII Inglaterra se pone al día respecto al continente?

Cuando hablas de este período, se tiende a decir ahora que no fue tan malo como se venía pensando. La llamada Edad Oscura fue vista tradicionalmente como un momento sombrío en toda Europa, pero en los últimos cincuenta años esta idea se está reconsiderando. Creo que la cuestión de-

pende de dónde estuvieras. En la Italia central hay, por supuesto, un declive después del colapso de Roma, pero no es total, y el Imperio romano continúa vivo en su parte oriental, por lo que es como si se hubiera dado una depresión económica pero no un colapso social. Gran Bretaña, por el contrario, sufre un colapso catastrófico en los siglos V y VI del que comienza a recuperarse en los siglos VII y VIII. La sociedad es dolorosamente reconstruida por estos nuevos señores, se da un primer atisbo de renacer de la vida urbana, que había desaparecido por completo después de Roma de una manera que no había ocurrido en el resto de Europa, se fundan monasterios, que son centros de enseñanza... Los gobernantes y eclesiásticos ingleses de este periodo miraban constantemente a través del canal de la Mancha para tratar de emular lo que hacían sus homólogos europeos mejor y a mayor escala. Así tenemos al rey Offa, que nos parece enormemente poderoso, pero que tiene a Carlomagno al otro lado del canal, quien gobierna un imperio doce veces el tamaño de Mercia y es doce veces más impresionante en casi todos los aspectos.

Es doce veces el tamaño de Mercia y es doce veces más impresionante en casi todos los aspectos.

Construyes el libro a partir de una historia narrativa centrada en algunos individuos clave en cada parte de la historia en ese período del que estamos hablando. ¿Quién protagoniza estos siglos VII-VIII de los que estamos hablando?

Bueno, originalmente intenté estructurar el libro de una manera más convencional, pero resultaba muy difícil tratar de dar vida a este mundo extraño sin un hilo narrativo consistente. El capítulo

tres trataba sobre la conversión al catolicismo, pero era la muerte leerlo. En un momento dado, se me ocurrió una idea que condicionaría el resto del libro, que todo este capítulo podría dedicarse un personaje, san Wilfredo. Nació en la década del 630 en la Northumbria pagana, llegó a ser uno de los más grandes eclesiásticos de la Inglaterra anglosajona de todos los tiempos y murió con unos 70 años después de haber remodelado el mundo que lo rodeaba, haber estado varias veces en Roma y haber lidiado con reyes. Tuvo una vida tan rica en acontecimientos que pudo llevarme a todos los lugares a los que necesitaba ir como autor. Al construir el libro en torno a personajes como Wilfredo, Alfredo, Offa o Dunstán no quiero dar en absoluto la impresión de que sean las únicas personas que me importan, pero sus vidas son las más completas y ricas a través de las cuales puedes entender al conjunto de la sociedad.

«Al construir el libro en torno a personajes como Wilfredo, Alfredo, Offa o Dunstán no quiero dar en absoluto la impresión de que sean las únicas personas que me importan, pero sus vidas son las más completas y ricas a través de las cuales puedes entender al conjunto de la sociedad».

Esto se aprecia claramente en el libro y sin duda es una técnica que funciona. Háblanos sobre alguna otra de las personalidades clave, háblanos sobre Offa.

Offa es fascinante, sin duda marca la segunda mitad del siglo VIII, cuando el poder de Mercia, su reino, se encuentra en su apogeo. Todo gobernante al sur del río Humber le rinde pleitesía en mayor o menor medida, y ya hemos mencionado su muralla, una construcción que se extiende prácticamente a lo largo de toda la frontera con Gales [240 km], lo que lo convierte en la fortificación lineal más larga de Europa. Es una hazaña de ingeniería realmente impresionante. Pero a pesar de esto y de que Offa reinó durante casi 40 años, sabemos muy poco sobre él, no tenemos un Bede en el siglo VIII. Lo que sabemos de Offa tiene que construirse a través de documentos administrativos como decretos reales o cartas escritas por clérigos no específicamente sobre él, o a través de monedas, así que tienes que reconstruir como un detective la historia de alguien ausente. Hay otros gobernantes posteriores, como Alfredo, que necesitaba un capítulo propio, pero tiene una biografía contemporánea, por lo que es un personaje más completo.

En ese capítulo describe la forja de lo inglés ¿por qué es tan importante?

Anglos y sajones se llaman así a sí mismos desde las primeras fuentes escritas que tenemos (no sabemos cómo se denominaban en los siglos V y VI), pero da la sensación de que son dos grupos étnicos que han surgido a partir de la suma de un gran número de personas de diferentes orígenes –suavos, francos, frisonos, anglos, jutos, sajones, hunos incluso– pero colectivamente se consideran a sí mismos anglos y sajones desde que aparecen en las fuentes escritas y, en términos generales, parece que los anglos se asientan en el al norte y al este y los sajones en el sur, al sur del Támesis. Pero luego se siguen cambiando estos sombreros y nos encontramos con reyes de Northumbria que se describen a sí mismos como reyes de los sajones, y sajones en West Sussex y en Wessex que se denominan a sí mismos como anglos. Supongo que la razón por la que llamé a ese capítulo la forja de lo inglés es porque en el siglo VIII hay una sensación de que *angle*, es decir, inglés, está ganando terreno como término encapsulador y por entonces tienes a cada vez más gente que se siente parte de un único grupo étnico frente a los britanos de Gales, que desde el principio son estigmatizados como la alteridad.

«...en el siglo VIII hay una sensación de que *angle*, es decir, inglés, está ganando terreno como término encapsulador y por entonces tienes a cada vez más gente que se siente parte de un único grupo étnico».

¿Por qué es Alfredo tan importante?

La primera mención que tenemos de Alfredo con el apelativo de “el Grande” es del siglo XIII, pero es en el siglo XVIII cuando su figura se populariza tremendamente y se desata la “alfredomanía” igual que en los siglos XII o XIII pasó con Arturo o con Harry Potter a finales del XX. Lo que ocurre con Alfredo es que tiene una biografía contemporánea totalmente hagiográfica que lo convierte en un baluarte, un gran guerrero que cambió el rumbo de las invasiones vikingas del siglo IX y salvó y expandió su reino, y que con el paso del tiempo llega a ser visto como el fundador y primer rey de toda Inglaterra, como le llama un cronista del siglo XII. A pesar de que es una exageración, en el imaginario popular permanece como el padre fundador de Inglaterra.

Ya que mencionas a los vikingos, sin duda nos siguen fascinando. ¿Cuál fue su impacto en la historia de Inglaterra?

Enorme. El impacto en las islas británicas es devastador, destruyeron todos los reinos de la Inglaterra anglosajona menos uno. Mi visión de los vikingos siempre ha sido bastante convencional. Desde la década de 1960 ha habido una corriente revisionista que ha cuestionado su naturaleza violenta, al menos en comparación con cualquier otro pueblo de la Europa del momento, ya sabes, francos, anglosajones, britanos o quien sea,

pero eran significativamente diferentes por el hecho de ser paganos, lo que aterrorizaba a los anglosajones. Por supuesto que puedes restar importancia al efecto de la violencia vikinga aduciendo a la parcialidad de las crónicas y recurriendo a las excavaciones de la antigua Jorvik realizadas en York en la década de 1970, donde encontramos gentes de origen escandinavo en el siglo X haciendo cosas rutinarias como usar el retrete o cenar o regentar una tienda o acuñar moneda, lo cual los humaniza y es genial, pero también son responsables de toda la terrible destrucción que ocurre en el siglo IX y principios del X, por lo que, con razón, eran temidos en ese momento.

Otra gran figura importante es el rey Edgar el Pacífico, cuya muerte en 975 genera gran inquietud en el reino.

Creo que desde el principio me rondaba la idea de dedicarle un capítulo a Edgar, uno de esos reyes desconocidos, más incluso que Offa dos siglos antes, práctica-

mente un fantasma. La gente dice cosas positivas sobre él, pero la *Crónica anglosajona* de su reinado no cuenta qué está haciendo de un año a otro, así que elegí escribir todo ese medio siglo a través del prisma de los principales clérigos que tienen una vida muy plena y dejan escritas vidas de santos, como san Dustán, Ethelwold, obispo de Winchester, y Oswaldo, arzobispo de Worcester, pero ciertamente hay una especie de punto culminante de la realeza al final del reinado de Edgar, cuando la Iglesia y el Estado marchan de la mano. Precisamente por eso, porque se trata de un rey piadoso que hace lo que los reformadores le piden, lo describen como un gran rey, poderoso y piadoso, y sin duda en su reinado se disfrutó de una paz considerable. Hacia el final del mismo se está empezando a hablar de un reino unido llamado *Angleland*, es decir, Inglaterra, que en el siglo X incorpora al Wessex y Mercia de Alfredo también Northumbria.

En un momento del libro lo describes como “una nación bajo un Dios”, una expresión moderna pero perfectamente comprensible para el público actual.

Sí, y todo eso ocurre bastante rápido, sucede a mediados del siglo X y, como digo, puse el foco en lo que está pasando con los reformadores religiosos porque creo que esa es la clave para entenderlo. Por hablar muy brevemente sobre ellos me refiero a que en los años 920 y 930, personajes como Dustán, cuando son jóvenes, están a la vanguardia de un movimiento revolucionario bastante nuevo que básicamente intenta revivir el monasticismo después de la destrucción de la era vikinga y lo que crean es una iglesia que es mucho más puritana, mucho más teocrática y mucho más empeñada uniformizar a cualquier precio, son como fanáticos al margen del poder. Cuando Edgar llega al poder, recordemos que es un adolescente de 16 años, los hombres de Dunstán están en la cincuentena y como arzobispo de Canterbury, obispo de Winchester y arzobispo de York respectivamente, son los grandes veteranos de la política y tienen enorme influencia sobre este joven rey y la reina madre. Es en este periodo cuando se insiste en la uniformidad en el mundo monástico y, de hecho, en la iglesia en su conjunto. De golpe aparecen condados en toda Inglaterra, lo que antes era Mercia de repente es Leicestershire, Staffordshire, Derbyshire, Nottinghamshire, y tienes una moneda que es la misma dondequiera que vayas en Inglaterra, no solo tiene el mismo nombre sino también el mismo

diseño y exactamente el mismo peso. Por lo que tienes un rey, una moneda, la administración y la justicia son las mismas en todo el país y, como dices, está empeñado a verse algo que se parece mucho más a un Estado que a simplemente a una colección de provincias improvisadas bajo el caudillaje de un gobernante particularmente poderoso.

Luego llegas a lo que llamas el crepúsculo con Etelredo el Indeciso, hemos hablado de este Estado o país emergente que se está construyendo y desarrollando y de repente, el desastre.

En el caso de Etelredo la opinión convencional es que estaba terriblemente mal preparado o mal asesorado, y aunque en los últimos cuarenta años la historiografía ha venido cuestionando si realmente fue tan incapaz, el contrarevisionismo más reciente apuesta por una visión realmente negativa. Su desgracia fue llegar al trono siendo un niño en el momento en que los vikingos regresan con fuerza y estaban mejor

organizados. Su reinado es una sucesión de desastres incesantes y Etelredo no tiene las cualidades necesarias de un rey medieval para evitarlas, no es el tipo de monarca que se ponga al frente de un ejército, y por mucho que pudiera imponer un nuevo impuesto o idear una nueva política, las críticas se centran en su incapacidad para liderar desde el frente, siempre envía a alguien para que pelee por él, y este es su principal problema.

La historia se encamina irremisiblemente hacia la conquista normanda ¿Debería verse como una especie de fracaso de la emergente aristocracia inglesa que no anticipara lo desastrosamente mal que podrían llegar a salir sus conspiraciones con los normandos?

Bueno, creo que una de las cosas que intenté no hacer en el libro es contar la conquista normanda, algo que ya he hecho tres veces en otros tantos libros, pero me di cuenta de que era una ventaja finalizar ahí porque las personas sobre las que estaba escribiendo no sabían lo que se les venía encima. Pero no nos anticipemos, no hemos mencionado que Inglaterra fue conquistada cincuenta años antes, al final del reinado de Etelredo, por la invasión vikinga del rey Canuto II de Dinamarca. A lo que se enfrenta la aristocracia inglesa en los cincuenta años anteriores a la conquista normanda es las consecuencias de la conquista danesa, que creo que es mucho más traumática de lo que se ha venido pensando, porque gran

parte de esta aristocracia simplemente ha sido aniquilada y los que sobreviven están tratando de navegar en una corte que por un lado trata de fingir lo inglesa que es y, por otro celebra el éxito de los saqueadores daneses. A algunos les va muy bien en esta nueva coyuntura, particularmente a la familia del conde Godwin, un aristócrata de nuevo cuño que viene de la nada para convertirse en el lugarteniente de Canuto en Inglaterra cuando está en el extranjero, que consigue medrar debido a su destreza particularmente en la guerra, se casa con la cuñada de Canuto y sitúa a su familia en la cúspide social en tiempos del reinado de Eduardo el Confesor. Los Godwin, mitad ingleses, mitad daneses, han sorteado los cambios con gran provecho, pero para el resto de sus contemporáneos era muy difícil saber dónde apostar sus lealtades ¿debían ser fieles a Eduardo el Confesor, que representa la antigua línea real inglesa, o gravitar hacia los Godwin? Por eso llamé el capítulo “Crepúsculo”, porque sabemos lo que viene y como guiño al hecho de que Haroldo muere en el ocaso del día de la batalla de Hastings.

La mayoría de las personas de las que estamos hablando aquí son hombres ¿es lo que hay en términos de fuentes o se puede hacer una historia alternativa que no esté tan dominada por lo masculino?

Algunas de las reseñas sobre el libro puntualizan que este hubiera sido mejor si hubiera habido más mujeres, y estoy de acuerdo con ello. El hecho es que si lees a Beda, que como dije, es nuestra fuente más completa, con diferencia para el periodo temprano anterior al siglo X, encuentras algunos retratos someros de mujeres famosas y alguna que otra reina, particularmente si son religiosas o santas como Hilda de Whitby, pero son solo unos pocos párrafos en comparación con las páginas y páginas que nos dejó sobre Wilfredo, por ejemplo, así que si vas a elegir un personaje que te sirva de marco para vertebrar un capítulo y tienes una biografía de cien páginas de un obispo y dos párrafos sobre Hilda, ¿hacia dónde debes ir como autor? Y después de Beda no hay ninguna fuente escrita sobre mujer alguna, ni reina siquiera, hasta el siglo XI. La gente me dice, bueno ¿pero qué hay de Ethelfleda, esa dama de Mercia de mediados del siglo X? Sí, es fantástica, es hija de Alfredo el Grande, parece que dirigió ejércitos, pero en realidad todo lo que sabemos sobre

«Lo frustrante de este período es que podemos entrever que hay mujeres poderosas tomando decisiones entre bambalinas y aun así no sabemos apenas nada de sus vidas y menos de sus personalidades porque son solo nombres en un pedazo de pergamino».

ella son aproximadamente seis líneas de la *Crónica anglosajona*, seis líneas bastante similares que dicen cosas como este año vino al Derby y tomó la ciudad. Lo frustrante de este período es que podemos entrever que hay mujeres poderosas tomando decisiones entre bambalinas y aun así no sabemos apenas nada de sus vidas y menos de sus personalidades porque son solo nombres en un pedazo de pergamino. Antes mencioné a las reinas madres hablando de Dunstán, estas mujeres son importantes porque son testigos de primera mano de los decretos reales, pero eso es todo, solo tenemos sus nombres en los documentos, no tenemos fuentes escritas que nos hablen de ellas. Hay otras historias que se pueden contar, especialmente si quieres escribir sobre la vida, por ejemplo, de la reina Edith, esposa de Eduardo el Confesor, o de Emma de Normandía, dos poderosas reinas de Inglaterra del siglo XI, pero ni siquiera lo que sabemos de sus vidas es suficiente para estirarlo los sesenta o setenta años que necesitaba para convertirlos en el foco del capítulo. Se tratan en el libro, son actores importantes en el libro, pero su protagonismo está condicionado por su escasa presencia en las fuentes de la época, que creo que es fruto de la misoginia inherente a este período y a que los monjes no estaban especialmente interesados en escribir sobre mujeres.

Justo al final describes las medidas drásticas que se aplicaron tras la conquista y la forma despiadada en la que Guillermo el Conquistador reprime la insurgencia, y creo que estimas en cien mil personas las que perecen en la hambruna que le sigue. Para un autor que ha escrito con gran éxito sobre los normandos, al centrarse ahora en los perdedores ¿cambió tu punto de vista y tu valoración de la conquista?

Realmente no, siempre evito los juicios de valor sobre estas cosas. No nos equivoquemos, la conquista normanda es una catástrofe absoluta, un cataclismo y como dices el número de muertos supera los cien mil solo en Yorkshire, así que no intento restarle importancia a nada de eso. Sigo pensando que fue enormemente destructiva, debió haber sido un momento terrible en el que vivir. Lo que la hace fascinante como historiador es la transformación que supone. La conquista normanda lo cambia todo, la aristocracia anglosajona desaparece en el espa-

cio de unos pocos años, tienes una nueva clase dirigente que tienen ideas diferentes sobre arquitectura, sobre la guerra, sobre las leyes, sobre la moralidad, son muy violentos en su forma de hacer la guerra pero no es una sociedad esclavista como sí lo era la anglosajona, fueron despiadados en la forma que atacaron Yorkshire pero no se decapitaban unos a otros, prefieren pedir rescate. Como historiador puedes contar todas estas cosas sin tener que juzgar si era mejor o peor que en el pasado, lo que resulta fascinante es que este es un período en el que la historia de repente se acelera y percibes cambios con enorme rapidez. Para un historiador es inherentemente fascinante ver cosas moviéndose a esa velocidad.

¿Y qué pasa con los anglosajones? ¿qué deberíamos pensar sobre ellos? ¿hay alguna discusión en el libro sobre las afirmaciones grandiosas que a veces se hacen, como situar en su época las raíces de la democracia, etc.?

Bueno, no malgasté en esto demasiadas palabras en el libro porque, como digo, muchas de esas cosas son simplemente mitos. Me refiero por ejemplo a una de las cosas que digo al principio del libro para explicar el hecho de que no haya ningún capítulo vertebrado en torno a una mujer en particular. Podrías pensar que debería haber más mujeres en este libro porque en los últimos doscientos años se ha descrito esta época como una “edad de oro” para las mujeres, lo cual simplemente no encaja con la evidencia. Y creo que esto puede extenderse a otros muchos aspectos. La época anglosajona es un período original porque es el comienzo de la historia de Inglaterra, un espejo en el que todo el mundo se mira estudie lo que estudie, sea la democracia parlamentaria o los orígenes del Derecho, pero como hemos estado hablando a lo

largo de esta entrevista las evidencias son increíblemente vagas y discutibles como para que puedas encontrar cualquier cosa que quieras ver, y esto es lo que ha hecho la gente durante siglos. No creo que merezca la pena perder el tiempo con visiones excesivas de este pasado mítico. Creo que en la Inglaterra anglosajona hay muchos

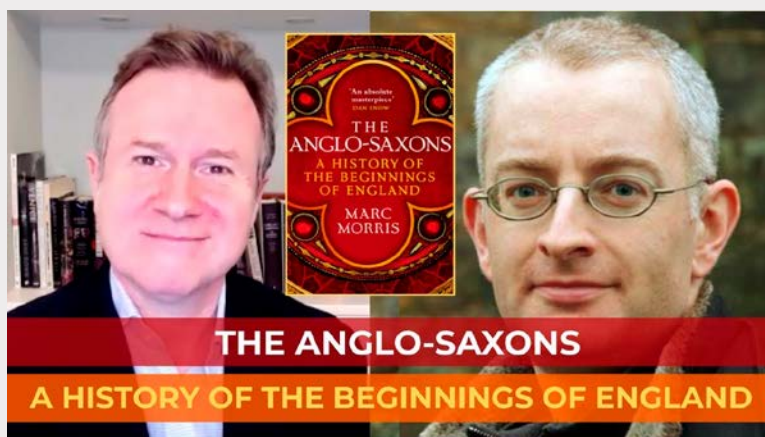
aspectos positivos a los que los historiadores del período le han dado bombo, “mira los evangelios de Lindisfarne, mira lo creativos que son, mira qué inteligente e intrincada es esta obra de arte, mira qué broche tan finamente trabajado, mira estos códigos legales, mira lo valientes que son, mira lo piadosos que son”, etc. Sí, puedes afirmar todo eso pero al mismo tiempo no perder de vista que es una sociedad violenta, belicosa, esclavista, misógina, teocrática, desigual, en la que hay campesinos que no tienen más derechos

que el ganado... Sin duda es una época de oro, pero no una época dorada. Tienes que entenderlos en su contexto, pero no ponerlos en un pedestal.

Pero como dices justo al final del libro, existe esta conexión fascinante con nuestro presente, ahí está el arzobispo de Canterbury, Westminster...

Efectivamente, son los comienzos, si quieres saber por qué la iglesia de Inglaterra es básicamente Canterbury es porque allí es donde san Agustín conoció a Ethelberto [primer rey inglés en convertirse al cristianismo]. Y si Westminster es el corazón político del reino es porque Eduardo el Confesor no quería ser enterrado junto a sus odiados parientes políticos de Winchester y quería un nuevo monasterio y un palacio al lado del río Támesis. Por tanto, para comprender dónde estamos ahora sigue siendo de vital importancia entender lo que pasó 1400 o 1500 años atrás.

« Creo que en la Inglaterra anglosajona hay muchos aspectos positivos [...] pero al mismo tiempo no perder de vista que es una sociedad violenta, belicosa, esclavista, misógina, teocrática, desigual, en la que hay campesinos que no tienen más derechos que el ganado...».



R Reaction

DOSIER DE PRENSA



ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Árboles genealógicos

Agradecimientos

Introducción

Capítulo 1 La ruina de Britania

Capítulo 2 Lobos de guerra y dadores de anillos

Capítulo 3 El instrumento elegido por Dios

Capítulo 4 ¿Un imperio inglés?

Capítulo 5 La tempestad del norte

Capítulo 6 Resurrección

Capítulo 7 ¿Un sobreesfuerzo imperial?

Capítulo 8 Una nación bajo la tutela de Dios

Capítulo 9 El rey mal aconsejado

Capítulo 10 Crepúsculo

Conclusión

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

LA RUINA DE BRITANIA

No fue solo la ferocidad y el coraje de los sajones lo que perturbó a sus oponentes, sino también su carácter pagano. Los romanos antaño adoraron a un panteón de diferentes dioses, pero a lo largo del siglo IV los dejaron de lado en favor del cristianismo. Durante el reinado de Constantino el Grande (reg. 306-337) la persecución de los cristianos cesó y su credo se convirtió en la religión oficial del Imperio. En cada provincia surgieron nuevas iglesias y una nueva jerarquía de sacerdotes encabezada por los obispos. Sidonio, que había iniciado su carrera como diplomático, finalmente se convirtió en el obispo de Clermont-Ferrand. En consecuencia, se mostró horrorizado ante el paganismo de los piratas sajones que, como la mayoría de los pueblos de más allá de la frontera norte del Imperio, no se habían convertido y se aferraban de forma obstinada a sus creencias paganas.

«Cuando los sajones zarpan desde el continente –explica–, es su costumbre, al regresar a sus hogares, arrojar a uno de cada diez cautivos a las aguas». Esta práctica, añade, resultaba más deplorable por el hecho de que respondía a una creencia sincera: «estos hombres están obligados por unos votos que han de ser pagados con víctimas; consideran un acto religioso perpetrar esta horrible matanza y obtener la angustia del prisionero en lugar de un rescate».

Estos piratas paganos debieron de asaltar Britania a principios del siglo V y causar estragos tierra adentro, aprovechando y contribuyendo al desmoronamiento social. En el año 429, se pidió a otro obispo galorromano, Germán de Auxerre, que cruzara el canal de la Mancha para combatir el surgimiento de una herejía y acabó ayudando a una comunidad de britanos sitiados por una horda de pictos y sajones, una lucha que ganó cuando bautizó a los defensores y les ordenó entonar el aleluya como grito de guerra. Esta historia proviene de una biografía de Germán redactada medio siglo después para demostrar su santidad y, por lo tanto, resulta improbable que sea cierta en todos los aspectos, aunque presenta dos cuestiones importantes. Primero, que en Britania todavía existían personas hacia el año 429 que trataban de defender la autoridad pública, lo bastante preocupadas por la propagación de la herejía como para solicitar ayuda fuera de la isla. Y, en segundo lugar, que estas autoridades britanas estaban sumidas en una lu-

cha existencial contra los invasores bárbaros y, a pesar de la ayuda incondicional de Germán, cada vez les resultaba más difícil hacerlos frente. En palabras del biógrafo posterior del obispo, estaban sumidos en una «contienda totalmente desigual».

Todo esto nos lleva a la parte más célebre de la historia. Es bien conocida porque la relató Beda el Venerable, cuya *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos* sin duda constituye la obra más importante e influyente de todo el periodo anglosajón. Según Beda, los britanos, «absolutamente ignorantes de los usos de la guerra», se vieron reducidos a un estado tan miserable a causa de los ataques pictos y escotos que celebraron un consejo en el que decidieron emplear a extranjeros para que luchasen en su nombre. Por invitación de su rey Vortigerno, una fuerza de guerreros sajones llegó a Britania en tres barcos y se les cedió un lugar donde asentarse en la parte oriental de la isla. En un principio, estos mercenarios realizaron una labor eficiente, ya que obtuvieron una victoria contra los enemigos que habitaban al norte de los britanos.

Sin embargo, como Beda sigue en su explicación, los sajones albergaban la intención oculta de conquistar todo el país. Después del éxito inicial, enviaron un mensaje a sus países de origen en el que decían que Britania era una tierra fértil y que los britanos eran unos cobardes. Muy pronto, llegó una flota sajona mucho mayor, que se unió a la hueste original para formar un ejército invencible. No pasó mucho tiempo antes del inevitable desenlace. Los sajones hicieron las paces con los pueblos del norte contra los que se suponía debían luchar y volvieron sus armas contra sus huéspedes britanos, exigieron mayores recompensas por su servicio y amenazaron con devastar toda la isla si no se cumplían sus demandas. Cuando no les llegaron más entregas, los sajones incendiaron y devastaron Britania de un mar a otro. «Se derrumbaban los edificios tanto públicos como privados –afirma Beda–, los sacerdotes eran asesinados a mansalva entre los altares, los prelados y sus pueblos a una eran exterminados por igual sin consideración alguna de la dignidad por la espada y por el fuego, y no había quien diera sepultura a los que habían sido asesinados de manera tan cruel».

CAPÍTULO 2

LOBOS DE GUERRA Y DADORES DE ANILLOS

Para conocer a los primeros reyes anglosajones, tal vez sea mejor comenzar con una historia sobre sus contemporáneos de Escandinavia. Hacia el comienzo del siglo VI, hubo un rey danés, llamado Hródgár, que gobernó con éxito durante muchos años, pero fue derrotado por un monstruo que asaltó de forma inesperada su gran salón (*mead-hall*) y masacró a todos sus hombres. Al final, después de doce años de angustia y devastación, tanto él como su gente fueron salvados por un joven héroe de la vecina tierra de los gautas, que acabó con el monstruo con sus propias manos y, acto seguido, despachó a su vengativa madre que acechaba en su guarida en el fondo de un lago. La asombrosa destreza del héroe era tal que después se convirtió en rey de los gautas, gobernó durante cincuenta años y murió, en su senectud, mientras defendía a su pueblo de un dragón.

Como fuente histórica, este relato presenta el inconveniente de ser totalmente ficticio, pues los monstruos y el dragón vienen de regalo. La exposición anterior supone un escueto resumen de un extenso poema, conocido desde al menos el siglo XVIII por el nombre de su protagonista, *Beowulf*. Aunque está ambientado en Escandinavia, fue escrita en inglés antiguo por un autor anónimo. Tan solo ha sobrevivido un manuscrito, gravemente dañado por un incendio en 1731. Gracias al estilo de letra y la escritura podemos deducir que se redactó hacia el año 1000, aunque la mayoría de los historiadores piensan que el poema en sí pudo componerse mucho antes. A juzgar por el contenido, esto no debió suceder antes de mediados del siglo VII y, a pesar de la infinidad de debates académicos suscitados en las últimas décadas, la opinión que sigue imperando le atribuye un origen en el siglo VIII. Dado que, en el ámbito laico, la alfabetización en ese momento era muy limitada, lo más probable es que fuera obra de un sacerdote o un monje.

A los primeros estudiosos de *Beowulf* les decepcionó que la obra estuviera tan centrada en los monstruos y que apenas aportase información sobre personas y hechos históricos reales. Su único vínculo



Artefactos del tesoro de Staffordshire. Museo y Galería de Arte de Birmingham. © Bridgeman imágenes.

aparente con la realidad histórica es el tío de *Beowulf*, el rey Hygelac, a quien se ha querido identificar con un caudillo que invadió Frisia hacia el año 523, por lo que podemos deducir que el argumento del poema probablemente se desarrolla en el siglo VI. Sin embargo, a estos tempranos investigadores los árboles no les dejaron ver el bosque, pues si bien *Beowulf* resulta prácticamente inútil para conocer la realidad política de la Escandinavia del siglo VI, supone una fuente incomparable para conocer la sociedad de los primeros reyes anglosajones. El poema muestra con extraordinaria viveza un mundo en el que los reyes moraban en grandes salones de madera, festejaban con sus seguidores, bebían hidromiel y escuchaban a los poetas relatar las hazañas de los héroes de antaño; una época de bandas guerreras siempre en busca de aventuras y de exiliados errantes que esperaban recuperar algún día sus tronos ancestrales. Portan espadas ricamente decoradas con metales preciosos, a las que otorgan nombres y atribuyen místicos poderes protectores. Disputan entre sí por la gloria, pero en concreto por las riquezas, que aprecian por encima de cualquier otra cosa. Un gran señor, como Hródgár, adorna el interior de su salón con tapices dorados y decora su exterior con una techumbre dorada. Recompensa a sus leales seguidores con una panoplia y unos torques dorados. Se convierte en un dador de anillos de oro.

CAPÍTULO 3

ELEGIDO POR DIOS

Instalado por fin en el puesto que había ansiado durante casi una década, Wilfrido anunció su llegada proclamando el abandono de las tradiciones celtas de Lindisfarne para adscribirse a las de Roma. En su opinión, los obispos debían tener su sede en ciudades, no en islas, y para tal fin se encargó de la restauración de la iglesia abandonada de York, iniciada más de cuarenta años antes por el obispo Paulino. El edificio se hallaba en un deplorable estado; por sus paredes rezumaba el agua de lluvia y las heces de los pájaros se colaban por las ventanas vacías. Los albañiles de Wilfrido se afanaron en restaurar el techo, acristalaron las ventanas y encalaron las paredes hasta que resplandecieron. Como resultado, asegura su biógrafo, el nuevo obispo de Northumbria se ganó el amor de toda la nación.

Como señalábamos al principio, la *Vida de San Wilfrido* es una obra propagandística, por lo que merece la pena considerar el impacto real del nuevo obispo entre la gente común de Northumbria. Sin duda, el nuevo obispo era una fuerza dinamizadora, experta en convencer a los poderosos para que le otorgaran grandes haciendas a cambio de una promesa de salvación y de vida eterna. También fue un administrador brillante, capaz de atraer artesanos extranjeros con la experiencia necesaria para construir y embellecer nuevas iglesias de piedra. Pero, al igual que aquellas fundadas por otros obispos y figuras piadosas, estas iglesias eran casi todas monásticas. Esto no significaba que fueran comunidades enteramente cerradas y aisladas, como habría ocurrido en siglos posteriores. Muchos de los primeros monasterios contaban con sacerdotes, además de monjes o monjas. Un retiro religioso para algunos, mientras que para otros eran más bien una base misionera, desde la cual se podía predicar y convertir. Por esta razón, para diferenciarlos del fenómeno monástico posterior, algunos historiadores evitan el término «monasterio» para describir estas primeras comunidades y en su lugar emplean *minster*, su equivalente en inglés antiguo.

Lo cierto es que, ya fuera el *minster* una institución cerrada para un puñado de piadosos aristócratas, o una comunidad religiosa de enorme amplitud, su iglesia,

por muy espléndida que fuera, solo podía dar cabida a un reducido número de fieles. Las iglesias destinadas a la gente común, las parroquiales, eran algo desconocido por entonces. Por tanto, ¿cómo llegó a toda esa gente el mensaje cristiano? Tal vez un sacerdote, o incluso un obispo, acudía a su localidad de vez en cuando para predicar y bautizar. En lugar de una iglesia podían erigir una cruz de madera, como la de Heavenfield, un símbolo de veneración que señalaba el lugar donde los fieles podían congregarse. Con el paso del tiempo, este hito pudo ser reemplazado por algo más elaborado: desde finales del siglo VII se erigieron cruces de piedra labrada, con los relieves realzados con pinturas de distintos colores, en especial en Mercia y Northumbria.

Sin embargo, en lo que se refiere a la gente común, las élites mostraban una mayor vocación en decirles lo que no se les permitía hacer, en lugar de lo que debían. Eorcenbert de Kent, que reinó entre el 640 y el 664, recibió los elogios de Beda por ser el primer gobernante anglosajón que ordenó la destrucción de los ídolos paganos de todo su reino, y también mandó a la población que ayunara en Cuaresma. Mientras las autoridades intentaban erradicar las prácticas paganas, la mayoría de la población no sabía nada sobre la naturaleza del cristianismo. Una de las pocas historias narradas por Beda que menciona a gente de a pie resulta extremadamente reveladora al respecto. Relata cómo unos monjes usaban balsas para transportar maderas por el río Tyne, cuando estalló una súbita tormenta que los arrastró mar adentro. Otros monjes que les observaban desde el monasterio se mostraron angustiados, pero los campesinos que admiraban el espectáculo se pusieron de pie y se mofaron de lo ocurrido. Cuando les reprendieron por su actitud, respondieron con aún más insolencia. Que los monjes se ahoguen, dijeron, «porque han despojado a la gente de sus antiguos ritos, y nadie sabe cómo realizar el nuevo».

Tal era la situación a la que se enfrentaba el arzobispo Teodoro en el momento de su llegada en el 669. Durante su gira por los reinos anglosajones, debió de percibir muchas situaciones alarmantes.

CAPÍTULO 4

¿UN IMPERIO INGLÉS?

Offa falleció el 29 de julio del 796, poco después de recibir la carta de Carlomagno. Se desconocen las circunstancias y el lugar de su muerte. Lo más probable es que feneciera por causas naturales relacionadas con su edad, ya que ningún cronista o autor de epístolas menciona ningún trazo sucio. Asimismo, se desconoce su lugar de inhumación, a pesar de que una tradición muy posterior afirme que fue en Bedford.

No cabe duda de que se convirtió en el soberano anglosajón más poderoso hasta ese momento, un hombre que había doblegado a los otros reinos situados al sur del Humber, y los había sometido a diversos grados de dependencia, en algunos casos incluso deponiendo a su rey. «Eres la gloria de Britania –le dijo Alcuino de York en una carta redactada en algún momento de la década anterior a su muerte–, la trompa de la proclamación, la espada contra los adversarios, el escudo contra los enemigos». Alcuino pretendía adular y mostrarse discreto, porque sabía bien que las maniobras de Offa, en su mayoría invisibles para nosotros, podían ser despiadadas. Incluso cuando Offa trataba de infundir el temor al afirmar que quienes asesinaran a los reyes ungidos arderían en el fuego eterno del infierno, había celebrado que decapitaran al rey supuestamente no ungido de Anglia Oriental. Lo más probable es que, además de derrocar a los soberanos de otros reinos, se deshiciera de sus potenciales rivales en Mercia con una crueldad similar, para asegurar una sucesión sin problemas sobre su hijo Egfrido. Al mencionar a Egfrido en una carta posterior, a sabiendas de que Offa había fallecido, Alcuino recordaba «cuánta sangre de-

ramó su padre para asegurar el reino para su hijo». Y, en efecto, Egfrido, ungido nueve años antes, le sucedió como rey de Mercia ese mismo verano.

Sin embargo, los planes dinásticos de Offa, a los que había dedicado tanto esfuerzo y por los que había derramado tanta sangre, en última instancia resultaron fútiles. Solo unos meses después, su hijo lo siguió a la tumba tras fallecer el 17 de diciembre. Alcuino, con el beneficio de la perspectiva de los hechos, consideró el temprano deceso del joven como una retribución divina por los pecados paternos. Toda la sangre que Offa había derramado, aseguró, «no supuso el fortalecimiento de su reino, sino su ruina».

La muerte, el pecado, la divina providencia y la ruina son los asuntos que ocuparon la mente de Alcuino durante esos años y resuenan en su epistolario. «Corren malos tiempos en Britania –le dijo al arzobispo de York–, y la muerte de los reyes es una señal de desgracia». Aunque también había otras señales. En una carta dirigida al pueblo de Kent, elaborada en el 797, incluso se refirió a *De excidio et conquestu...*, escrita por Gildas casi tres siglos antes. Los britanos, recordó a sus lectores, antaño disfrutaron del favor de Dios, pero lo perdieron a causa de los pecados y las luchas intestinas. Como resultado, fueron castigados con la invasión de los anglosajones. Alcuino creía que esto sucedía de nuevo, pues ahora Dios azotaba a los ingleses exactamente del mismo modo.

«He aquí, algo nunca antes visto –les advertía–, un pueblo pagano que devasta nuestras costas con incursiones piratas».

La muralla de Offa atravesando la colina de Llanfair.
Fotografía de David Jones. © PA imágenes.



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 6

RESURRECCIÓN

La Crónica Anglosajona guarda un silencio similar sobre los últimos tres años de vida de Alfredo, hasta su muerte en el 899, y le otorga el más breve de los obituarios. Asser, que sin duda habría escrito algo mucho más completo, terminó su biografía en el 893, cuando el rey aún estaba vivo. Lo único que dice la Crónica es que Alfredo falleció el 26 de octubre, después de un reinado de veintiocho años, y que reinaba sobre todo el pueblo inglés, «salvo la parte que se hallaba bajo dominio danés». Esa última aclaración es una notable matización y debe contrastarse con las engañosas afirmaciones de los cronistas medievales posteriores, quienes aseguraron, de forma errónea, que Alfredo fue el primer rey que gobernó sobre toda Inglaterra. En realidad, había defendido con éxito Wessex y se había anexoado la mitad de Mercia. El territorio que se extendía al norte y al este de Watling Street estaba fuera de su control y probablemente había más ingleses que vivían bajo el dominio danés que bajo el suyo.

No obstante, haber salvado a su reino de la destrucción y haber librado a buena parte del vecino de la conquista danesa fueron unos logros más que considerables. Todos los demás soberanos anglosajones habían sido barridos por la tempestad vikinga que asoló Britania en el 865: solo Alfredo había resistido. Su supervivencia y su eventual triunfo no fueron tan solo el resultado de sus habilidades como guerrero: obedecieron tanto a su visión estratégica como a un talento político mucho más sutil. El rey inglés había entendido

a la perfección la necesidad de reorganizar la mano de obra de Wessex y reforzar sus defensas para librarlo del destino de los otros reinos anglosajones, y persuadió con éxito a su población para que implementara sus proyectos. Sus logros tampoco deben valorarse únicamente en términos territoriales. Alfredo, con sus decididos esfuerzos por revertir la destrucción cultural causada por décadas de ataques vikingos, también fue el responsable de un notable renacimiento cultural y de aupar al inglés a un idioma literario. Sin duda no es el superhéroe de los mitos georgianos y victorianos, el fundador de la Royal Navy, y mucho menos «el personaje más perfecto de la historia», como insistía de forma hiperbólica un erudito del siglo XIX. Pero fue valiente, inteligente, innovador, piadoso, resuelto y un líder con visión de futuro, cualidades que, en conjunto, justifican con creces la decisión posterior de honrarlo con el apelativo de «el Grande».

Después de su muerte, el cuerpo del rey fue inhumado en el Royal Burh de Winchester. Al parecer, durante los últimos meses de su vida, Alfredo había contemplado la idea de fundar un nuevo monasterio allí y adquirió un terreno apropiado, pero falleció antes de que pudiera iniciarse su construcción. Por consiguiente, fue en la pequeña iglesia del siglo VII que servía aún como catedral de la ciudad donde acabó enterrado. La tarea de construir algo más grande y monumental recaería sobre sus herederos.



La espada de Gilling. Datada a finales del siglo IX o principios del X, este arma, en un excelente estado de conservación, fue hallada por Garry Fridd cuando tenía nueve años en un arroyo en Gilling, Yorkshire, en 1976. Imagen cortesía del Fideicomiso de los museos de York (yorkmuseumstrust.org.uk). Dominio público.

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 8

UNA NACIÓN BAJO LA TUTELA DE DIOS

Es muy probable que la búsqueda de una homogeneidad por parte de los reformadores tuviera un profundo impacto en las estructuras del gobierno regio, que perduraría durante siglos. En el prefacio a su traducción de la regla benedictina, Etelwoldo criticó al hermano mayor del rey por dividir al reino en el 957: Eduino, «a través de la ignorancia propia de la infancia, había fraccionado su reino y dividido su unidad». Probablemente no sea una coincidencia que durante el periodo en que figuras como Etelwoldo y Dunstán dominaban los consejos reales, hubiera un decidido intento de estandarizar la administración regia exportando las antiguas instituciones de Wessex a regiones conquistadas de forma más reciente. Los condados, que durante siglos habían sido una característica típica del gobierno de los sajones occidentales, se introdujeron casi con certeza en las Tierras Medias en esta época. Contando como sedes los *burhs* fundados medio siglo antes, se les otorgaron nombres como Leicestershire, Staffordshire, Nottinghamshire y Northamptonshire. En la legislación de Edgar constatamos por primera vez los tribunales del condado, presididos por el *ealdorman* y el obispo locales.

Es también en este momento cuando aparece una forma estandarizada de tribunal inferior. Desde comienzos del siglo X, los reyes ingleses se habían mostrado cada vez más interesados en involucrarse en la administración de la justicia local, pero no habían tenido demasiado éxito, ya que el derecho a organizar los tribunales y cobrar las multas se había cedido junto a las concesiones de tierra realizadas por sus predecesores. Sin embargo, a partir de

mediados del siglo X, comenzamos a ver cortes locales cuyos jefes respondían directamente ante el rey. En ocasiones, los distritos a los que servían tales tribunales eran antiguos, pero en otros casos suponían creaciones nuevas, formadas precisamente por cien *hides*, y por lo tanto conocidas como «centenares». Edgar determinó que tenían que reunirse cada cuatro semanas.



El frontispicio de la carta de refundación de Newminster, Winchester, emitida en el 966. Muestra al rey Edgar entregando personalmente la carta a Cristo. Documento de New Minster © British Library Board; BL Cotton MS Vespasian A VIII.

Todo este orden y uniformidad debió agradar al rey y a sus consejeros eclesiásticos, y sin duda trajo beneficios a muchos de sus súbditos de menor rango. Otros, sin embargo, debieron tener motivos para lamentar este creciente énfasis real en la regulación y la disciplina religiosa. Cuando una plaga asoló el reino en el año 962, Edgar y Dunstán lo interpretaron como una expresión del desagrado divino, provocado por quienes no entregaban sus cuotas a la Iglesia, y juntos ordenaron que, en el futuro, todos los hombres, ricos y pobres, deberían pagar sus diezmos «con total alegría y buena disposición». Etelwoldo, para hacer cumplir el estricto aislamiento de monjes, monjas y seculares en Winchester, dividió la ciudad en zonas distintas, separadas por muros o setos, un plan que implicaba el desvío de ríos, la demolición de casas y la reubicación forzosa de algunos residentes. Cuando en el 971 el celoso obispo decidió trasladar los restos de san Suinto,

su predecesor del siglo IX, a una nueva tumba en la catedral, hizo que todos los ciudadanos de Winchester, tanto nobles como esclavos, caminaran descalzos durante cinco kilómetros para encontrarse con el cuerpo. A medida que avanzaba el reinado de Edgar, las ideas benedictinas se extendieron más allá de los muros de los claustros y hacia el mundo en general.

CAPÍTULO 10

CREPÚSCULO

Está ampliamente asumido que la época anglosajona concluyó el 14 de octubre de 1066, un sábado por la tarde, hacia la hora del té. Fue el día en que un ejército inglés liderado por el rey Haroldo II Godwinsson se enfrentó a un ejército invasor acaudillado por el duque Guillermo de Normandía, en lo que hasta entonces había sido una cresta ignota a unos nueve kilómetros y medio al noroeste de Hastings. La batalla dio comienzo hacia las nueve de la mañana y se prolongó durante todo el día; solo cuando el sol comenzaba a ponerse, según los relatos coetáneos, la noticia de que Haroldo había caído se difundió por el campo de batalla, lo que provocó que las tropas inglesas supervivientes huyeran al amparo de la creciente oscuridad otoñal. La muerte del rey está recreada en un famoso fragmento del Tapiz de Bayeux, una extraordinaria historieta de setenta metros de largo, realizada poco después de la batalla y que milagrosamente se conserva. Muestra a Haroldo sujetando el asta de una flecha clavada en su ojo, una imagen que hizo que los cronistas posteriores creyeran que así fue como halló su fin este desafortunado rey.

Aun a riesgo de caer en una excesiva precisión cronológica –los periodos históricos rara vez se dividen de un modo tan nítido como pretenden los historiadores–, existen buenos motivos para considerar el año 1066 como un punto de inflexión trascendental. El hecho de que Haroldo cayera en Hastings significó que su oponente lo sucedió como rey esa misma Navidad y, más tarde, fue recordado como Guillermo el Conquistador, un soberano cuyo reinado fue testigo de unos niveles asombrosos de violencia y agitación social. La conquista normanda hizo que la clase dirigente de Inglaterra fuese barrida casi por completo y

reemplazada por unos recién llegados del otro lado del canal de la Mancha que tenían nociones muy distintas sobre los modos de gobernar un país. Como resultado, se produjeron grandes cambios que afectaron al idioma, las leyes, la guerra, la arquitectura y las actitudes hacia la vida humana. En un sentido literal, en efecto, la batalla de Hastings supuso el albor de una nueva y espléndida era.

A causa del carácter decisivo del año 1066, los relatos acerca de las décadas que lo precedieron a menudo se conciben como un preludio y pueden transmitir la impresión de que las personas de esa época anticipaban la conquista o de algún modo pudieron predecir sus efectos devastadores. Sin embargo, no hay ningún respaldo en las fuentes a la idea de que los ingleses coetáneos anticiparan la tormenta antes de que estallara. Durante la mayor parte de los cincuenta años anteriores a 1066, los ingleses estuvieron preocupados, como lo habían estado durante siglos, por los asuntos en Escandinavia y, en especial, por las consecuencias de la conquista danesa de 1016, una experiencia que resultó mucho más traumática de lo que se suele reconocer. Durante la primera mitad de este periodo, Inglaterra estuvo gobernada por el rey Canuto y sus hijos, como parte de un imperio mucho más amplio que se extendía por el mar del Norte. En la segunda mitad, se produjo un cambio sorprendente, la restauración de la antigua casa de Wessex y la ascensión al trono de Eduardo el Confesor, un hijo de Etlredo el Indeciso. Tales cambios dinásticos hicieron que la existencia de la élite gobernante de Inglaterra fuera extremadamente compleja: las antiguas lealtades se erosionaron, las identidades se pusieron en duda y se crearon profundas divisiones, con consecuencias a la postre fatales.



El tapiz de Bayeux, escena de la coronación de Haroldo Godwinsson. Con permiso especial de la Ciudad de Bayeux.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

